LOS LÍMITES DEL DISCURSO POLÍTICO

Oscar Oszlak

1995 marcó un nuevo hito en el proceso de redemocratización: fue el año de la segunda renovación del gobierno a través de elecciones libres, luego de la larga alternancia de regímenes civiles y militares. Sin embargo, durante la campaña preelectoral se había puesto en evidencia un fenómeno que ya se venía manifestando gradualmente en los años previos: el vaciamiento del discurso político y los límites que se autoimpusieron los candidatos a cargos electivos en sus manifestaciones públicas sobre el modelo de organización social deseable.

En este artículo intenté mostrar de qué manera los efectos de la hegemonía mundial del capitalismo en el orden externo, junto con la estabilización económica y la privatización en el plano doméstico, habían contribuido a homogeneizar el discurso del gobierno y la oposición. La utopía, la promesa de transformación radical de la sociedad, los ideales movilizadores, habían sido suprimidos de sus textos. Sin matices diferenciadores dignos de mención, la condición de legitimidad del discurso parecía radicar en la promesa de fidelidad a no innovar en materia de convertibilidad y desestatización, demostración insuperable de comportamiento "políticamente correcto".

El discurso político es una bisagra entre el pensamiento y la acción. Cuando es auténtico, refleja creencias, convicciones profundas, acerca de un orden social deseable y marca el derrotero de una praxis inspirada en esos valores. Cuando no lo es, el discurso se convierte en mistificación de las verdaderas creencias e intenciones políticas. También suele ocurrir que el discurso respete el pensamiento y los ideales, pero omita una real confrontación con los desafíos que supone plasmar esas ideas en hechos. En este caso, el discurso aparece sin sustento empírico; se dice que es vacío, utópico.

Cualquiera sea la forma que adopte, el discurso político siempre tiene un destinatario natural: un ciudadano al que se apela con una propuesta, buscando una adhesión que, en última instancia, se expresa electoralmente. El discurso busca establecer una identificación entre el mensaje que proclama en la arena pública y las convicciones que el ciudadano atesora en su fuero íntimo. A veces, también contribuye a moldear esas convicciones, o incluso a cambiarlas. Por lo tanto, el discurso es una poderosa herramienta de producción política.

Sin embargo, durante los últimos años el discurso político parece haber perdido buena parte de su antigua eficacia. Su devaluación parece ser un espejo del "fin de las ideologías", de la uniformación del pensamiento que se ha entronizado en el mundo como bandera desmovilizadora. La caída del muro de Berlín, la debacle del ex-bloque soviético y el "ascenso" del Tercer Mundo a una dudosa Segunda División en la que sólo se comparte un parejo subdesarrollo, han hecho desaparecer claves discursivas que en otros tiempos motorizaron a multitudes que se asumían como protagonistas de una nueva historia. Hoy, todo eso ha desaparecido.

En este nuevo contexto, el discurso político se ha adaptado a los tiempos, ha actualizado sus contenidos pero también su forma, con la evidente intención de captar auditorios crecientemente descreídos y suspicaces, pero sobre todo resignados a una realidad donde el supremo valor de la vida en comunidad es su estabilidad, es decir, que todo siga igual.

La pérdida de fe en el discurso se ha visto exacerbada por la proliferación de su contrario, el "doble discurso". Pero la esquizofrenia discursiva no es más que el resultado de una contradicción entre ideología para consumo masivo y **Realpolitik**. Cuando ya no puede sostenerse en los hechos, el discurso asume plenamente sus ambigüedades y tensiones, creando su opuesto, en la convicción de que los costos incurridos son un precio mínimo frente a los beneficios de un oportuno **aggiornamento**.

De estos devaneos ha nacido una nueva generación de discursos vacilantes, camuflados, siempre condenados a escamotear, encubrir o disimular una parte de lo que verdaderamente se cree, para minimizar el riesgo de las piruetas retóricas a las que se expone quien debe virar posiciones pasadas demasiado contundentes o explícitas. Hoy ya no se borra con el codo lo que se escribió con la mano: tan sólo se lo "actualiza", "decodifica", "reinterpreta".

Quizás no puede ser de otro modo cuando, como ocurre en estos tiempos, el discurso pretende convertirse en la verbalización de causas con pretensiones universalistas, que señalan un único modo posible de organización y convivencia social capaz de interpretar y promover el interés de todos. El triunfo del capitalismo -y el presunto "fin de la historia" que del mismo se deriva- son la justificación ideológica de este nuevo discurso, gris, sin relieve ni adversarios.

Paradójicamente, esta misma pretensión hegemónica se convierte en su límite, ya que cuanto más abarcativo quiere ser el discurso, menos marcados deben ser sus trazos, más incoloras sus tonalidades. Si hay algo que caracteriza al discurso político actual es, precisamente, su homogeneidad y chatura. Privado de ideales movilizados, debe salir a la búsqueda de potenciales adeptos en vehículos acondicionados, trajinadas caminatas o fugaces flashes televisivos. El ágora de la antigua Grecia, que tan a menudo rememora Mariano Grondona, es hoy una plaza vacía donde se toma sol y se alimentan palomas.

El discurso movilizador ha tenido siempre un enemigo declarado: un "ellos", diferente a "nosotros". A veces, hasta dos, como los yanquis y marxistas denostados por la "Tercera Posición". Para ser eficaz, el discurso debe plantear una disyuntiva: Braden o Perón, Yo o el Caos. Alfonsín tuvo una posición clara y persuasiva: la opción era entre demócratas y autoritarios, pero los instrumentos de acción política debían ser igualmente convincentes. Menem se planteó como opción frente al caos, identificado con un partido y una gestión de gobierno. Y él mismo se propuso como principal instrumento, sin necesidad de otras propuestas (salvo la retórica del "salariazó"), sin otra exigencia que seguir a un líder carismático y providencial, que salvaría a su pueblo del abismo.

¿Quién es hoy el "enemigo principal"? Cuando "combatir el capital" y "combatir a Das Kapital" ya no se plantean como opciones; cuando los grandes grupos económicos se proponen como socios incondicionales de cualquiera de las fórmulas políticas con chance electoral; cuando en el altar de la Estabilidad ofician todas las religiones políticas; cuando sindicatos domesticados con bases raleadas han dejado, hace tiempo, de ser socios capaces de identificar un "ellos", el discurso se enfrenta a una encrucijada, encuentra su límite.

Para levantar el techo y destacar los relieves de su mensaje político, los partidos deben

ineludiblemente diferenciar su discurso. Se trata de una diferenciación por la positiva, en la que las propuestas no queden sometidas a filtros ideológicos como condición previa de legitimación o rechazo. Es decir, propuestas que eviten caer en el juego de tener que recitar un decálogo de mandamientos encabezados por un "no devaluaré" o un "no estatizaré", como condición previa para obtener un certificado de ortodoxia que habilite al partido, o a sus candidatos, para la contienda electoral.

Renovar la retórica discursiva de los partidos, que hoy muestra escasos matices diferenciadores, serviría entre otras cosas para generar nuevas tomas de posición, originales y fundadas, que permitan resolver o atenuar las profundas desigualdades que está generando el modelo de sociedad que supimos conseguir. Y además, por qué no, para alentar la recuperación del protagonismo social en una escena pública alarmantemente vaciada.